



BSCAM

# La virtud olvidada

BRUNO FERRERO

El hombre miraba con curiosidad cómo la mariposa salía de su capullo. El animalito se contoneaba e intentaba de todas maneras liberarse de la envoltura que la tenía prisionera: sus alitas se contraían y distendían en un esfuerzo tremendo. El hombre se apiadó... Rompió el capullo, tomó las alas y las extendió... La mariposa no llegó nunca a volar... Es que el esfuerzo por salir del capullo es precisamente el que hace robustas sus alas. El hombre le alivió el trabajo, pero apuró los tiempos y la condenó a no volar.

Parece que los niños y niñas de hoy quieren convertirse en adultos cada vez más rápidamente. Pascual Di Pietro, presidente de la Sociedad Italiana de Pediatría, señala: "En diez años de trabajo hemos visto una adolescencia cada vez más

"adulterada" en los comportamientos, una disminución peligrosa de la edad en que se empieza a consumir alcohol y tabaco, antesala, muchas veces, del salto hacia la droga. Al mismo tiempo, estos jóvenes que quieren crecer rápido, permanecen después adolescentes más allá de la edad cronológica, en condiciones de eternos hijos."

Es una generación que físicamente goza de buena salud, pero que muestra crecientes fragilidades psicológicas, en la que aumentan las depresiones, los disturbios alimentarios y los episodios de bulimia. Sus alas no se robustecieron. Una gran prisa envuelve todo. Se quiere todo y lo más rápido posible. La vida cotidiana se vive con el pie en el acelerador. Grandes y chicos olvidaron aquella gran virtud que se llama paciencia.

## La virtud de la paciencia

La paciencia no es la virtud de la espera pasiva. Por el contrario, está presente en el espíritu y el corazón de quienes quieren construir algo coherente y que permanezca en el tiempo. Es la virtud de los padres, de los educadores, de todos los que tienen algo que amar, algo en que ocupar su vida y con quien compartir un proyecto y un ideal.

Tener paciencia es respetar el ritmo del crecimiento. La infancia es un tiempo de preparación específica para ir asimilando las múltiples tareas de la existencia. Los niños aprenden muchas cosas por observación, pero no se puede contar únicamente con esta manera de conocer las cosas. Hay que enseñarles, por supuesto, a vestirse, a atarse los zapatos, a comer, a lavarse, a bañarse, y a cruzar la calle. Pero, a medida que crecen, hay que educarlos para ir asumiendo gradualmente las responsabilidades de la casa, del estudio y de la vida. No con consideraciones casuales, ni con reproches, y mucho menos,

con amenazas de castigo expresadas en el momento mismo en que los compromisos tienen que ser resueltos. El tiempo para estas enseñanzas tiene que ser parte de la rutina cotidiana. Hoy, sin embargo, cada vez escasean más los espacios para “guiar” a los niños en el laberinto del aprendizaje para la vida. Los días están llenos de compromisos y salpicados de las impacencias de los padres y de las rebeliones de los hijos.

Tener paciencia es explicar y repetir. Un niño escribió: “Quiero ir a una casa donde se rían más y donde las cosas se expliquen”. Los niños están solicitados, encausados y estimulados. Pero no tienen un ritmo de aprendizaje propio. Muchos se irritan porque tienen que hacer cosas que no entienden.

La paciencia cotidiana no es gratificante, porque implica esperar, un verbo muy odiado hoy. Apremiados por las exigencias de la productividad y la eficiencia, muchos padres hacen las cosas en lugar de los hijos, “para hacer más rápido”. Sin embargo, el paso adelante conquistado personalmente es un paso conquistado para siempre.

Tener paciencia es proyectar por etapas y metas intermedias. El mundo de hoy no tolera los pequeños pasos. Parece increíble, pero cada vez se habla más sin pudor de adolescentes y jóvenes frustrados. Frustración quiere decir insatisfacción por no haber alcanzado o no haber concluido alguna cosa. Los niños, adolescentes y jóvenes están bombardeados por avisos luminosos, sueñan y pretenden éxitos, pero rechazan el cansancio y el esfuerzo del aprendizaje.



BSCAM

de pequeños fracasos que les ocurrirán en la vida. Al mismo tiempo, tienen que saber soportar las reacciones de los hijos a los “no” motivados. Su paciente resistencia puede convertirse en la columna vertebral de la vida de sus hijos e hijas.

Tener paciencia es acompañar a los hijos hacia la madurez, es esperar que todos los aspectos de su personalidad lleguen a ordenarse y armonizarse. A los adolescentes y jóvenes les gustaría ser más desenvueltos, más lindos, más seguros. Y por eso, rechazan la paciencia de crecer y se contentan con aparentar. Se sienten casi obligados a imitar, e imitan sobre todo los modelos impuestos por los medios de comunicación, cada día más fuertes y más omnipresentes. Los buenos padres y madres saben enseñar que, al final,

la verdad siempre triunfa.

La paciencia es la virtud de la unidad. Se expresa en los gestos cotidianos de escucha, acogida, solidaridad, diálogo y ternura; pero también en las situaciones de incomprensión, desconfianza o sufrimiento. Tener paciencia significa saber comenzar siempre.

Estas formas de entender la paciencia están en continuidad: los padres pacientes no son los que se sientan a esperar un acontecimiento extraordinario, sino los que viven profundamente la experiencia de la laboriosidad. Los que dedican atención y energía a su tarea educativa, los que desarrollan nuevas experiencias existenciales participando en los proyectos de sus hijos e hijas, los que buscan para sí y ayudan a sus hijos a encontrar un significado sabio para el tiempo que les toca vivir.

Cada vez es más difícil encontrar personas que sepan proponer metas sólidas y elevadas para los adolescentes y jóvenes, los que a su vez, cada vez encuentran menos guías que tengan tiempo y voluntad para acompañarlos en el largo camino del progreso. La cultura que estamos construyendo impone metas fáciles y realizables enseguida. Los padres tienen que aprender a alabar los progresos mínimos, a estimular y a sostener las incertidumbres y los errores.

Tener paciencia es resistir. Quien no aprende a tolerar las frustraciones, es decir, a enfrentar con calma los obstáculos y dificultades, tiene pocas posibilidades de realizarse satisfactoriamente en la vida. Uno de los deberes esenciales de los padres y madres es, precisamente, hacer que los hijos e hijas aprendan a no dejarse trastornar por los miles